

Elogio del Dr. Hipólito Unanue

Por el Dr. SOLON NUÑEZ

(En Rep. Amer.)

*Palabras dichas en noviembre de 1927.
El Dr. Núñez habló entonces en nombre de
los Delegados a la Octava Conferencia Sa-
nitaria reunida en Lima por esos días.*

Señor Presidente de la República,
Señores Ministros, Señores Delegados,
Señores:

Es en representación de las Delegaciones de América a la Octava Conferencia Sanitaria, que tengo el alto honor de llevar la palabra en este acto de inigualable solemnidad.

La América, orlada de negro, juntas las manos, eleva al cielo su oración de amor y de dolor en memoria del Grande Hombre cuyos restos trasladamos ahora al recinto de los Dioses.

Bien decía Pasteur que la ciencia y la verdad no tienen patria o que su patria es el mundo; pero que sus abanderados, si la tienen. La Nación Peruana se siente orgullosa, con justicia, de ser el vientre que alumbrara, el 13 de Agosto de 1775 a Hipólito Unanue, todo verdad y toda ciencia.

El Doctor Unanue espigó en todos los campos del saber con una pericia y una devoción que asombran; y al ofrendar las mejores gavillas de sus ricos productos a la patria, esparció, sin sospecharlo, las simientes en la América toda.

Algunos pueblos señalados por el dedo de Dios han tenido el privilegio de engendrar hombres que no sólo han iluminado el camino a sus contemporáneos, sino que, espíritus videntes, han explorado e iluminado el porvenir. El Doctor Unanue giró sus ideas a más de cien años vista.

Imposible sería, esbozar siquiera, la obra intensa con que el Doctor Unanue enriqueció las ciencias y la literatura. Mas... a qué conduciría empeño tal si ella vive en todas conciencias con caracteres de eternidad? Baste decir que el Dr. Unanue, en vida, fue compensado con los más altos honores y dignidades: Médico Honorario de su Majestad Fernando VII; Protomédico del Perú; Primer Presidente del Congreso Constituyente; Ministro de Estado; Presidente del Consejo de Gobierno; Benemérito de la Patria en Grado Sumo... y después de su muerte, con los títulos de Padre de la Medicina Peruana y Padre de la Patria.

En 1797, abre sus puertas el Anfiteatro de Anatomía. El discurso inaugural de su fundador, Doctor Unanue, es una



Dr. José Hipólito Unanue

declaración de principios de tal valor científico, filosófico y de buen decir, que lo mismo puede llevarlo a su cátedra como ejemplo para los estudiantes el profesor de antropología, o el de ciencias sociales o el de literatura. De esta fecha parte la enseñanza nacional de la anatomía, que no es ya un recuento de huesos fotografiados, sino una ciencia básica que abre nuevos rumbos a la medicina y a la Cirugía,

El pensamiento que desde 1872 aguijoneaba el espíritu del Doctor Unanue cristalizó al fin en 1808 con la fundación del Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando, que tan decisiva y saludable influencia debía ejercer en la cultura médica de su patria y cuya solemne inauguración en 1911 fue presidida por el Marqués de la Concordia, Virrey del Perú, don Fernando Abascal y por el Doctor Unanue. Razón ha tenido la Academia de Medicina al guardar en capilla ardiente los restos de quien fue el más ardiente guardián de sus prestigios.

La intensa y sabia obra del Prócer, toma caracteres de leyenda cuando se retrotrae el pensamiento a algo más de siglo y medio y se piensa en la organización conservadora, estática de las Universidades de la época; en el escaso intercambio científico con otros países; en la modestísima producción nacional y especialmente en el achatamiento de toda inquietud de superación ante el peso sagrado del ideal libertario que, como un sol, oscurecía todo otro pensamiento.

Su libro "El Clima de Lima y su Influencia en los Seres Organizados" es una serie de observaciones eruditas, acu-

ciosas. Este libro llamó poderosamente la atención de los extranjeros sorprendidos de que el Perú produjera una obra que no tenía precedentes en Hispano-América, ni en la Península. Comentarios etiológicos y epidemiológicos hay allí, que no disuenan con los actuales conocimientos.

Sus ideas acerca de la Medicina Social son proféticas; y su alma debió flotar ayer orgullosa y placentera en el ambiente de una de las sesiones del Congreso Médico, cuando siguiendo la huella de un médico ilustre —deudo suyo— todo vida y todo entusiasmo, proclamábamos como parte de la Higiene Pública y como función inaludible del Estado, la atención de las instituciones dichas de caridad. En efecto, en la Constitución del año 1823, el Doctor Unanue hizo que se consignara el principio de la asistencia social dirigida por el Estado.

Sorprende cómo en aquella época de misticismo; de conventos y congregaciones, cuando los hospitales —exponentes exclusivos de la piedad— eran edificios pesados de largos corredores fríos, oscuros y olientes a humedad; de silencio de tumba sólo interrumpido por los ayes de los moribundos, y el rezo de las religiosas, y el chocar de las cuentas del rosario al deslizarse entre los dedos, pudiera pensarse que esas instituciones tienen otras finalidades que las que le señalan las bellísimas Obras de Misericordia.

Hay párrafos en su discurso que son bellos resúmenes de Moral Médica. Los profesionales tienen todo derecho a exigir de la sociedad en que se mueven simpatía y respeto; pero para merecerlos, deben hacerse acreedores por sus virtudes a tales distinciones. El prestigio que no tiene por base la moral, es un prestigio desleznable y transitorio.

Juzgó con criterio de actualidad las funestas consecuencias de la práctica ilegal de la Medicina; no se trata al impediría de defender los intereses personalísimos del profesional, sino de proteger a la sociedad contra la explotación y agravación de sus males entretenidos por la ignorancia.

En su carta al Doctor García Moreno, su maestro, escancia todas las exquisiteces de su corazón: es un himno a la gratitud; es un himno a ese precioso sentimiento que a la hora de ahora pierde co-